

CAPÍTULO III.

EL HEXÁMERON Y LA CIENCIA NATURAL.

ARTÍCULO I.

El Hexámeron está por encima de la ciencia.—Autoridades: ignorancia confesada por boca de muchos sabios.—Contradicción de las opiniones modernas en geología y geología.—Vanas osadías de la ciencia natural.—Loores dados por los doctos á la narración del Génesis.—No es posible conflicto entre el Hexámeron y la verdadera ciencia.

WISTO ya cómo el Hexámeron de Moisés no debe á las cosmogonías antiguas el contenido de sus verdades, síguese que declaremos qué linaje de relaciones le unen con la ciencia moderna. El Hexámeron está dedicado á otro orden superior y se dilata sobre el ámbito de las ciencias naturales; nada puede contra él la humana sabiduría, que va por otro camino, ni es capaz de alegar cosa opuesta á lo que nos enseña Moisés. Esto lo demostraremos por vía de autoridad y por vía de razón, indicando después algunas reglas, que tanto al alumno de la ciencia como al intérprete del Hexámeron puedan en su manera convenir.

Muchos han sido los varones eminentes en todos ramos que han confesado de plano en esta materia la cordedad de sus luces. El prestantísimo Humboldt decía: «Todo cuanto se refiere al estado primitivo de nuestro planeta es tan incierto, cual puede serlo el cómo se formó la atmósfera de los planetas...; con todo, no hace mucho que digladiaban los geólogos sobre estos problemas, que tienen solución casi imposible». Concuera

¹ Cosmos, t. I.

con éste el no menos esclarecido Burmeister, diciendo: «Todo lo que antecede al período histórico descansa en deleznales conjeturas, y no es posible confirmarla con hechos positivos». Bajando del cielo á la tierra, «tres quintas partes, dice Huxley, de la superficie del globo están cubiertas de agua y ocultas á nuestra vista; las otras dos quintas partes, ¿en qué regiones han sido escudriñadas geológicamente? Han corrido los curiosos con sus investigaciones buena parte de Francia, de Alemania, de Inglaterra, de Irlanda y ciertos puntos de España, de Italia y Rusia; de toda la extensión de África sólo tenemos trasteadas escasas porciones del cabo Meridional; del vasto continente asiático apenas se han visitado pequeños rincones de la India. La América del norte, y mayormente la del sur, están aún por explorar». No causará extrañeza el gracioso símil que usa el naturalista Nöggerath llamando *picaduras de hormiga* las más profundas excavaciones practicadas en las entrañas de la tierra. De aquí infiere el muy claro Deutinger, que los naturalistas más aventajados deben otorgar que el yerro en cuestiones de ciencias naturales es, no sólo posible, mas hasta cierto punto inevitable, aun en el día de hoy. Quejándose el célebre Buckland de ver en los cultivadores de

¹ Geschichte der Schöpfung, p. 1.
² Ueber Unsere Kenntniss, p. 30.
³ Ges. Naturwiss., III, p. 138.
⁴ Renan und das Wunder, p. 91.

las materias científicas tanto desenfado, exclamaba: «Confesemos que todavía no ha amanecido el día de establecer una explicación completa sobre la tierra, pues carecemos de elementos bastantes para asentarla». Lo mismo juzgó Huxley, censurando en son de zumba á los geólogos de menor pelo que, creyéndose facultados para adivinar lo acaecido á la tierra en tiempos remotos, fingían historias atestadas de embelecocos, como cual quiera otra de la edad mitológica.

¿Qué más? El infatigable Wagner, echando en cara á los sabios sus atrevimientos, los reprime é increpa diciendo: «Aun el principio de que las mismas leyes hayan obrado con igual fuerza en los tiempos pasados que en los presentes, está por demostrar, y á no pocos doctos pareceles inapeable». Y no será menester traer aquí los testimonios de Bischof ⁴, de Brogniart ⁵, de Whewell, de Quenstedt ⁶ y de seiscientos otros autores, hartos de pregonar la insuficiencia de las observaciones actuales, para dar por induditable la explicación de las cosas terrestres y celestes.

Á la verdad, ¿quién no se pasma viendo que ingenios excelentes, un Elías de Beaumont, un Homalíus d'Halloy, un Beudant, un Ampère, un Lyell, un Delaunay, un Thomson, un Ramsey, un Secchi, un Faye, por no citarlos á todos, llevan el pro y el contra, y se combaten mutuamente las propias explicaciones? ¿Á quién no pone admiración que Poisson califique el calor central por sueño, y que Fourier le mire como la clave para explicar la temperatura constante de la superficie terrestre? ¿Quién no se queda atónito al ver con qué seriedad Homa-

lius d'Halloy apoya que los seres organizados se transformaron más rápidamente que hoy, y cómo con igual gravedad sostiene Huxley totalmente lo contrario? ¿Quién no se espanta si oye á Lyell declarar que el levantamiento de los Alpes se hizo lentamente un metro en cada siglo, y lee luego en Elías de Beaumont que rompió en un pensamiento, de improviso, causando espantosos desastres? ¿Á quién no asombra tan encontrado opinar en varones que son luces clarísimas de la ciencia moderna? No es mucho, pues, que uno de tantos, M. A. Sanson, citado por el abate Moigno, aconsejando á los sabios prudencia y circunspección, exclamase convencido: «La paleontología estatigráfica, ciencia joven, es solamente en el día un conjunto de conjeturas ingeniosas, y tiene más puntos controvertibles que fallos definitivos: no es razón tomarla por base para resolver cuestiones de trascendencia». El mismo dictamen expresó el sabio Stoppani: «No digo yo que la geología esté á punto de responder hoy á todas las cuestiones que tocan al origen del globo; ni tampoco digo que esté segura de resolverlas todas algún día. Por ahora, dando tiempo al tiempo, el camino andado por la geología es aún bien corto». Muchos otros autores, á pesar de reconocer á los ramos naturales el carácter de ciencias, declaran abiertamente cuán niñas y tiernas son.

Es gran verdad que algunos de los arriba mencionados no representan la ciencia más flamante; pero no desmienten los más modernos sus declaraciones. Á lo menos, consta que ellas deshacen los altanerios alardes del pasado siglo, que cual castillos levan-

¹ Geol. und Miner.
² Essai géognostique sur le gisement des roches, p. 5.
³ Geschichte der Urwelt, 1845.
⁴ Manuel de Géol. chimique et physique, I, II.
⁵ La forme des mont. de la terre.
⁶ REUSCH: La Bible et la nature, leçon IV.

¹ Les splendeurs de la foi, t. II, chap. II.
² Corso di geologia, vol. I, p. 9.—Vol. III, capo VIII.
³ La Civiltà Cattolica, ser. IX, vol. III, 1874.
⁴ HUBER: Hist. de la géol., 1872.—D'ARMBRE: Rapport sur le progrès de la géologie.—D'ARCHAC: Géologie et Paléont. Ecul.

tados sobre arena han venido abajo con el descrédito de sus autores. Porque, ¿quién se acuerda hoy, si no es para reirse, de las ochenta teorías que en 1806 contaba el Instituto francés, fabricadas para batir en brecha los versículos de la Biblia? Muchos y largos pasos han dado desde 1830 los fundadores de la geología; increíble es el hervor encendido de entonces acá en el occidente de Europa; incomparables los adelantamientos en toda suerte de investigaciones; sin número las riquezas paleontológicas arrancadas á las entrañas de la tierra; ni aun los abismos de los grandes océanos han sabido librar sus moradores de la rapacidad científica, ni la soledad de sus profundos senos de la visita de la sonda; no viven nuestros hombres tan pobres de medios, que merezcan ser llamados peones sin oficio ni beneficio, fabricantes de la buena dicha; no. «Si algunos perfiles del edificio quedan por terminar, dice el preclarísimo Lapparent, las líneas principales están limpiamente trazadas». Sin embargo, este mismo escritor, ornamento y luz de la geología actual, hablando de los problemas de ardua solución que competen á la geognia, declara también sin rebozo que «su solución está erizada de muchísimas dificultades. La hipótesis juega en ellos muy á sus anchas; porque la multitud de elementos que débense tener en cuenta por junto, hace sumamente dificultosa la tarea, y para facilitarla fueran menester muchas facultades juntas. Porque una teoría geogénica no merece ser aceptada sino mediante que no se oponga á las leyes de la mecánica, de la física, química y fisiología. Y como reine aún tanta obscuridad en las causas de mil fenómenos que á todas horas contemplamos, nadie extrañará que veamos tantos mis-

¹ WISEMAN: *Rapports des sciences*, etc.

² *Traité de Géologie*, 1883, p. 15.

terios en las épocas pasadas, cuando sólo por vía de inducción y de analogía nos es dado rastrear las cosas acaecidas. Nadie se maravillará que un suceso geológico pueda admitir á veces muchas y contrarias explicaciones».

Ninguna razón, pues, tiene la ciencia moderna para mirar de reojo y hacer guerra á las sagradas Escrituras, cuando ella misma se avergüenza de su propia flaqueza. No cesan, con todo eso, de balandronear los hombres aturdidos: ¡la ciencia!, ¡la ciencia!, ¡las conquistas de la ciencia!, ¡los fueros de la ciencia!, ¡las glorias de la ciencia! ¿Dónde están los adalides de la ciencia, dónde los encomiadores de la razón que puedan disputar al Hexámeron su territorio? La ciencia que se levanta contra la fe para desacatar-se contra ella, se desacredita á sí propia, se queda por vana y miserable. ¡Menguado es el hombre que celebra el triunfo de la ciencia sobre la religión revelada, cual si creer en Dios y rendir homenaje á su palabra fuera pactar con la ignorancia y blasfemar de la verdadera ciencia!

No así discurrieron los sabios de ánimo generoso. Testigo el inmortal Cauchy, prodigio de saber en la ciencia matemática. «Hemos entrado, decía, en una época, en que todos los ingenios se sienten arrebatados de desapoderadas furias. El hombre, después de medir la altura de los cielos, y de sondear el profundo de los abismos, y de carearse con los restos de los vetustos monumentos, y de trepar por las cumbres enrisgadas, y de revolver las entrañas de la tierra, ha puesto en tela de juicio los fundamentos del orden moral, ha emplazado para ante el tribunal de la razón al soberano Señor que le dió ser, para pedirle cuenta de las leyes que rigen el curso de los astros y la composición de la materia. Y no ha logrado, al fin,

¹ *Traité de Géologie*, *Introd.*, p. 5.

sino convencerse de que nunca dió un paso atrás en el camino de la ciencia quien se fió de la palabra de Aquel que lleva en sus manos el universo mundo; no ha logrado con el estudio de la naturaleza, sino confirmar aquella sentencia de Bacon: si poca filosofía puede hacernos incrédulos, mucha filosofía nos conduce forzosamente á ser cristianos de corazón».

Otro varón admirable en erudición y doctrina natural, Cuvier, decía con igual cordura: «Moisés nos ha dejado una cosmogonía que resplandece de día en día con más clara verdad; por que las observaciones geológicas recientes se avienen muy bien con el Génesis, tocante al orden que ha guardado la creación en todos los seres organizados». De acuerdo con este insigne geólogo, el muy eminente en física Ampère, decía: «El orden de la aparición de los seres organizados es ni más ni menos el orden de la obra de los seis días, tal como nos lo describe el Génesis; luego, ó Moisés era tan aventajado en las ciencias como nuestro siglo, ó escribió con divina inspiración». No de otra manera encomiaba el Hexámeron el celebrado Boubée: «Pues ese libro, escrito en tiempos en que las ciencias naturales habían hecho tan corto camino, encierra en breves líneas la suma de las más capitales conclusiones, que sólo á fuerza de increíbles ingenios ha podido el siglo XIX rastrear; y pues las dichas conclusiones se hallan en armonía con los hechos, no conocidos ni soñados en aquella antigüedad, sino antes tenidos por los filósofos como opiniones arriscadas; y pues la Biblia, superior á su siglo y á la ciencia que en él florecía, no lo es menos tocante á la moral

filosófica; no podemos no confesar que domina en ella un no sé qué de sobrehumano, que no vemos ni entendemos, y que fuerza al asentimiento con incontrastable violencia». Mucho aprietan estos testimonios; mucho dicen en favor del Hexámeron, aún considerado como escritura meramente humana. Más claro es todavía el juicio de Beudant, excelentísimo en el ingenio y saber: «Una es la Geognia, dice, digna de nuestra consideración, la descrita en el libro de Moisés; ella, al cabo de tres mil años, se ostenta, no sólo como la entera aplicación de las doctrinas que más privan hoy, sino como la suma de los grandes sucesos geológicos».

Y para que entre tantas y tan autorizadas voces no falte la de un hombre ajeno de toda sospecha, traigamos aquí las palabras de M. Andrés Sanson, alegadas por el abate Moigno en sus *Esplendores de la fe*, y son del tenor siguiente: «Acerca del origen de las cosas, yo no puedo abrazar como indubitable más solución que la propuesta por el Génesis. Ella no ha menester socorro de pruebas; es revelada y basta. La ciencia no es suficiente ni para apoyarla ni para desautorizarla. La prudencia manda á los sabios que encaminen sus estudios é investigaciones por otros rumbos, y que busquen otro blanco. Algunos menos cuerdos han dado en querer explicar lo inexplicable, y en resolver con razones demostrativas el origen de las especies, echando, para dar salida á este problema que no la tiene, por el campo de las hipótesis independientes». Finalmente, el mismo Haëckel, materialista ateo, no pudo esconder el pismo que le causaba la narración de Moisés: «En la hipótesis mosaica de la creación, dice, dos importantísimas proposiciones de la teoría de la evolución se ofrecen

¹ *La vie et les travaux du Bar. de Cauchy*, par C. A. Vallon.

² *Disc. sur les révol. du globe*.

³ *Revue des deux mondes*, Juillet, 1883. — *Théorie de la terre*.

¹ *Manuel de Géolog.*, 3.^o édit., p. 62.

² *Cours élément.*, p. 332.

³ Tomo II, cap. III.

á nuestros ojos con sorprendente claridad y sencillez, la idea de un desarrollo progresivo, y la idea de una modificación gradual de la materia primitivamente simple. Podemos, pues, pagar á la grandiosa idea encerrada en la cosmogonía hipotética del legislador judío un justo y sincero tributo de admiración, sin por eso reconocer en ella lo que llaman una manifestación sobrenatural». La falta de lógica no puede ser más clara en este pasaje. Un varón, que hace treinta siglos anunció la que en el día corre plaza de conquista de los tiempos modernos, no podía escribir sin particular asistencia de Dios.

Tal es la veneración que ha merecido á los sabios, que han sabido ser imparciales, la altura de la cosmogonía mosaica. Siendo así, ¿cómo ha de ser posible conflicto entre la Biblia y la ciencia? Un libro tan conforme con la naturaleza de las cosas, no puede serle contrario. ¿Será menester traer otra vez á colación los pareceres de los doctos que pongan de manifiesto esta palpable verdad? El muy celebrado de los escritores, Marcelo de Serres, recomendado en particular por Augusto Nicolás¹, confesaba ser muy notables las conveniencias que resaltan entre la relación del Génesis y los descubrimientos modernos. «El ingenio del legislador hebreo, dice, queda por ellos calificado, sin que podamos menos de reconocer en él revelación de lo alto, ó vista acicaladísima que adivinase los misterios naturales, y penetrase las nieblas que los rodean, conviene á saber: aquella verdadera inspiración que comunica á los hombres destellos de eterna verdad.» Á cuyo testimonio aléggase el del doctor Kurtz, en prueba de la ninguna contradicción entre la Biblia y la ciencia. «La Biblia, dice, y la naturaleza, pues ambas son palabras de Dios,

¹ *Études philos. sur le Christian.*, vol. 1.

deben forzosamente concordar entre sí. Cuando esa conveniencia no parece, la falta está ó en la exégesis del teólogo, ó en la interpretación del naturalista². La razón de esto léese en una Revista inglesa de grande erudición y doctrina, cuyos son estos renglones: «Las palabras grabadas en los peñascos antiguos de nuestro globo son voces de nuestro Dios, esculpidas allí por su mano. Ni pueden ser opuestas á su revelación, escrita en su libro; así como las palabras de la antigua alianza entalladas en las tablas de piedra no podían tener por contrarias las escritas por su mano en los libros del Nuevo Testamento³. Finalmente: si hemos de dar crédito al naturalista Sedwich, el doctor Chalmers, varón de ánimo noble, señalado por su rectitud, hacía públicas sin rebozo, en una solemne junta de sabios que habían concurrido de todas las partes del reino, estas formales palabras: «Estoy persuadido de que el Cristianismo tiene mucho que esperar, y nada que temer, del progreso de las ciencias físicas»».

ARTÍCULO II.

El Génesis no resuelve controversias científicas.—

Su oficio es narrar, no filosofar.—Es libro escrito para servir á la enseñanza religiosa de un pueblo ignorante.—Su fin es revelar las verdades sobrenaturales; por eso se acomoda al estilo del vulgo en las cosas naturales que refiere.—Razón fundamental.—Por estos capítulos es imposible que la ciencia pueda pretender acción contra el Hexámeron.— Moisés y los naturalistas.

QLEVEMOS ahora por vía de razón esta materia, que es de importancia. Para probar que no puede la ciencia competir con el Hexámeron, ni disputarle su cetro, se ha de considerar que ningún autor sagrado se propuso en su escritura resolver controversias científicas, ni Dios tuvo

¹ *Bibel und Astronomie.*

² *Quarterly Review*, vol. 108, July, 1860, p. 256.

³ *Discourse on the studies of the university*, p. 153.

por blanco inspirar su solución. Porque, como dice el Maestro de las Sentencias, hablando de la ciencia natural que poseyó Adán antes de pecar, «pecando no la perdió, como tampoco menoscabo la ciencia necesaria para procurarse lo conveniente á la vida: y así en las Escrituras el hombre de esas cosas no recibe instrucción (*in Scriptura homo de hujusmodi non eruditur*); sino de la ciencia del alma, que es la que pecando perdió¹. Comentando este lugar el Angélico Doctor, añade: «Algunos dicen que los hombres en naciendo recibieron luego los hábitos de conocer todas las cosas; mas eso no parece necesario, ni cuanto á la integridad de naturaleza, ni cuanto á la justicia original².»

Si, pues, los descendientes de Adán carecieron de hábito científico y tuvieron que adquirir la ciencia á fuerza de brazos y de estudio, y si Dios no les enseñó como pudiera, ni les reveló las verdades naturales, cierto está que no quiso hacerlos sabios ni criarlos filósofos, pero sí que fuesen virtuosos y verdaderos adoradores suyos. Tenía muy penetrada la fuerza de esta razón el geólogo Buckland cuando respondía á los que lo contrario pretendían, de la manera siguiente: «Algunos se lamentan de ver en la Biblia narración circunstanciada de los sucesos geológicos, pareciéndoles que debieran referirse por menudo las obras del Criador en la época antecedente al hombre. Engánanse los que tal piensan, y sin fundamento discurren: por igual motivo podríamos echar de menos la mención de los satélites de Júpiter, ó los anillos de Saturno; no, semejantes narraciones son propias de enciclopedias científicas, no de un libro destinado á ser guía y norte en cosas de fe y de costumbres³. El mismo

¹ Lib. II, dist. xxiii, q. 11.

² *Ibid.*

³ *Le monde primitif et ses merveilles.*

concepto explicó Kurtz, diciendo: «La Escritura cifra su índole religiosa en no echar el pie delante de la ciencia humana, y en no agitar problemas que tengan solución en la investigación experimental. Por eso no puede la ciencia alegar resultado alguno que contradiga á la Biblia, ni darse lugar á conflicto entre verdad natural y verdad revelada. La revelación da carta de horro á los fallos de la ciencia física, ni se ladea más al vulcanismo que al plutonismo. Sólo toma parte en cosas que toquen á religión; tanto le va en decidir entre neptúnicos y vulcánicos, como entre homeópatas y alópatas¹.»

No ser esta manera de razonar debida á las circunstancias presentes, lo comprueba el testimonio de los antiguos, que discurrían por el mismo estilo. Baste alegar la autoridad del P. Pereira, intérprete del Génesis, celebrísimo en erudición y doctrina, que en la cuarta regla que da acerca de la manera de interpretar el Hexámeron, dice así: «Conviene diligentemente evitar y del todo guardarnos de afirmar, en la exposición de Moisés, cosa alguna que vaya contra las manifiestas experiencias y razones de la filosofía ó de otras disciplinas. Porque como toda verdad con la verdad deba consentir, es imposible que la verdad de las sagradas Letras sea contraria á las verdades, razones y experimentos de las humanas doctrinas». Y notando este escritor cuán agudamente se le ofreció á san Agustín la misma advertencia, traslada lo que el santo Doctor escribió en su *Genesis ad litteram*² por estas palabras: «Esto muy sin duda debemos tener, que todo cuanto los sabios de este mundo han podido demostrar ser verdadero acerca de la naturaleza de las cosas, demostremos nosotros cómo no va contra nuestras Escrituras; y que todo

¹ *Bibel und Astronomie*, p. 297.

² Lib. I, cap. xxi.

cuanto ellos, en sus volúmenes, enseñan contrario á las Escrituras, sin linaje de tergiversación creamos ser falsísimo, y mostrémoslo también del modo que podamos. Tengamos firme en la fe de nuestro Señor, en quien están atesorados los caudales de la sabiduría; por manera que ni nos dejemos seducir de la garrulería de los falsos filósofos, ni amedrentar por la superstición de los fingidos devotos. Esto sentían, esto pregonaban denodados aquellos varones, y según esta pauta nivelaban el mérito de las sentencias nacidas de la interpretación de las Escrituras.

Fundado en la maravillosa consonancia entre la ciencia y la fe, alentaba los ánimos de los estudiosos la Santidad del Pontífice reinante con estas graves palabras: « Como todo lo que es verdad es necesario que provenga de Dios, toda verdad que se alcanza por indagación del entendimiento, la Iglesia la reconoce como destello de la mente divina; y no habiendo ninguna verdad del orden natural que se oponga á la fe de las enseñanzas reveladas, antes siendo muchas las que comprueban esta misma fe, y pudiendo, además, cualquier descubrimiento de la verdad llevar, ya á conocer, ya á glorificar á Dios, de aquí resulta que, cualquiera cosa que pueda contribuir á ensanchar el dominio de las ciencias, lo verá la Iglesia con agrado y alegría, fomentando y adelantando, según su costumbre, todos aquellos estudios que tratan del conocimiento de la naturaleza. Acerca de los cuales estudios, si el entendimiento alcanza algo nuevo, la Iglesia no lo rechaza, como tampoco lo que se inventa para el decoro y comodidad de la vida; antes bien, enemiga del ocio y de la pereza, desea en gran manera que los ingenios de los hombres, con el ejercicio y el cultivo, den frutos abundantes; estimula á toda clase de artes y trabajos, y, dirigiendo

con la eficacia de su virtud todas estas cosas á la honestidad y salvación del hombre, se esfuerza en impedir que la inteligencia é industria de éste le aparten de Dios y de los bienes eternos ».

Descendiendo ahora más en particular, corrobora el mismo discurso el examen de la narración mosaica. Porque la doctrina que en este primer capítulo leemos del origen y fabricación del mundo, que está preñadísima de misterios y es de ardua inteligencia, se contiene en una desnuda indicación de sucesos grandiosísimos, sin arrimo de razones y sin alegato de documentos, cual una tan importante materia, al parecer, requería y necesitaba. Mas, si bien lo miramos, el divino Moisés no trató de filosofar, sino solamente de historiar; y á la calidad de historiador pertenece hacer memoria fidelísimamente de las cosas acaecidas, sin detenerse en amplificarlas con retóricos discursos. Y siendo las cosas altas en sí y divinamente inspiradas, convenía que su relación caminase con sencillez, desprovista de los atavíos y pertrechos de la artificiosa elocuencia; para que en este contraste se mostrase más esplendente la autoridad del Espíritu Santo, y no la menoscabase un punto ni la ambición del estilo terrenal y repulido, ni la vana curiosidad del ingenio y artificio humano. Con esta razón frisa la que trae santo Tomás, que la creación del mundo es obra de tal naturaleza, que solamente por la fe puede llegarnos su noticia; que aunque más se empine la razón humana, nunca llegará á demostrar que Dios crió efectivamente en el tiempo, pudiendo haber criado desde toda la eternidad, como tienen valentísimos teólogos, y más adelante veremos. Si, pues, el punto de tiempo en que el mundo fué criado, el número de obras hechas, el orden y sucesión de ellas,

1 LEÓN XIII: Enciclica *Immortale Dei*.

2 I p. q. XLVI, a. 2.

su relación y dependencia no hay nadie que lo pueda alcanzar, ni sospechar, ni barruntar por la menor conjetura, síguese que todo cuanto averigüe la humana industria, por acertado que vaya, en ningún tiempo vendrá á igualar y mucho menos á oscurecer, cuanto menos á empecer y deslustrar, las graves aseveraciones de la relación mosaica.

Júntese á lo dicho, que esta doctrina fué escrita por el santo Moisés para instrucción de un pueblo rudo, harto incapaz de penetrar argumentos de ciencias humanas, aunque bien dispuesto á recibir de su caudillo todo linaje de enseñanzas, como quien sabía la gran privanza que con Dios tenía, y el incomparable poder de obrar milagros que del cielo había recibido. Á gente grosera y de dura cerviz no le era de necesidad oír especulaciones filosóficas que hiciesen más creíbles las cosas narradas, ni eso pretendía el Señor que la pluma de su siervo dirigía.

Finalmente, y es razón debida al talento del doctísimo P. Benito Pereira en su prefación al Comentario del Génesis, esta manera de escribir lisa y llena de gravedad era muy del caso para quebrantar la contumacia de aquellos irgenios más ávidos de disputar que de averiguar la verdad; los cuales, siendo diestros y estando bien apercebidos para contradecir, á ningunas razones saben callar, á ninguna autoridad inclinarse, á ningún dicho rendirse; y fué menester que un Moisés hablase llanamente y sin estudio de cosas puestas fuera de la comprensión del humano entendimiento, para que los dóciles se sometiesen meritoriamente y los altivos se desazonasen injustamente, y, triunfando la verdad, la mentira fuese arrollada.

Pero la razón principal de este punto es el fin sobrenatural y divino que pretendió el Señor en el descubrir

á los hombres los misterios de su providencia. Enseñarnos las verdades religiosas y adiestrarnos con su soberana luz al cumplimiento de su voluntad, esto fué lo que Dios tuvo delante de sí en el suceso de la revelación; ésta de suyo reduce y limita su señorío á la esfera sobrenatural, y si de alguna manera se alarga al orden natural, nunca se extiende al puramente científico. De aquí es que no siendo hacedero hablar á hombres lengua humanamente inteligible sin tocar en su tanto de pasada y usar conceptos pertenecientes al orden humano, fué menester que los escritores se valiesen de imágenes, figuras, noticias y efectos físicos y experimentales, para insinuar en los ánimos las altísimas enseñanzas de esfera más remontada. ¿No lo vemos? Sin cuidar de medir la exactitud científica de ciertos fenómenos naturales, se arroja Moisés á describirlos con expresiones vulgares acomodadas á la capacidad de todos los hombres, y según que las apariencias sensibles los representaban; por más que, examinados en el crisol de la censura científica, pudieran adolecer de falta de corrección en el lenguaje. Empero al Espíritu Santo, que no quería enseñarnos astronomía ni geología, sino que sudando y trasudando las aprendiéramos, y sólo trataba darnos noticia del autor de toda ciencia, para que le alabásemos y sirviésemos, poco le iba en que la luna fuese tenida por mayor ó menor que Júpiter, con tal que los hombres entendiésemos que quien á entrambos había creado era acreedor á toda suerte de adoraciones. Ni tampoco importaba mucho que los sacros escritores fuesen ó no diestros en las ciencias naturales: en esto vemos que muchos modernos, más celosos de la gloria de la ciencia que de la sabiduría de Dios, se congojan sobremanera y tienen por caso de menos valer haber de notar á

Moisés de ignorante en materia de física ó astronomía: y menos necesario es el esfuerzo de otros en demostrar que Moisés estuvo dotado de caudal de ciencia sobrehumana; poco peso le hacía al divino Espíritu que fuesen sabios ó zafios, literatos ó villanos, doctos ó indoctos los hombres á quienes inspiraba sus soberanos acuerdos; mejor le estaba que supiesen con estilo popular transmitir á las generaciones su misericordiosa voluntad.

Apoyemos esta interesante verdad en el dicho del Máximo Doctor de la Iglesia, San Jerónimo, celeberrimo en el estudio de las santas Escrituras. Interpretando al Profeta Jeremías, dice así: «Muchas son las cosas que en las Escrituras se dicen, conforme á la opinión de aquel tiempo en que se refieren haber sucedido, y no según lo que á la verdad de la cosa conviene¹. Ni más ni menos juzgó santo Tomás. Porque en la *Suma Teológica*, tratando del firmamento geneésico, dice: «Es de considerar que Moisés hablaba á un pueblo grosero y rudo, y condescendiendo con su torpeza les propuso tan solamente aquellas cosas que parecen manifestamente á los sentidos. Y todos, por rudos que sean, perciben con sus sentidos que la tierra y el agua son cuerpos»; y lo mismo repite más abajo², y en otros muchos lugares³.

Con esta lumbrera de la Teología acota el oráculo de la ciencia astronómica Kepler en su *Epítome de Astronomía copernicana*, por estas palabras: «La Sagrada Escritura, que enseña verdades altísimas, sirve de locuciones usuales para darnoslas á conocer. Solamente de soslayo y de corrida toca los efectos naturales; y al hacerlo, emplea los términos más

¹ Cap. xxviii, 10.

² l. p., q. lxxviii, a. 3.

³ Q. lxx, a. 1.

⁴ l. 2.ª, q. xxviii, a. 3.

recibidos en la conversación de los hombres. No se expresaría de otra manera, aun cuando todos ellos estuviesen enterados de la causa de las ilusiones ópticas. Porque nosotros mismos, los astrónomos, no nos empeñamos en perfeccionar la ciencia con intento de modificar el lenguaje; sino que pretendemos abrir de par en par las puertas á la verdad, sin parar en los vocablos; y así decimos, como el pueblo, los planetas andan, vuelven, el sol sale, se pone, tramonta; y hablando como el vulgo, significamos lo que acontece en realidad, y en ello no hay astrónomo que no convenga. Así discurría este nobilísimo ingenio, de cuyas consideraciones es obvio inferir cuán vana pretensión sea demandar á las sagradas Letras atildadura en la forma del escribir; ni es menor disparate buscar pie á desavenencias entre las enseñanzas divinas y las disciplinas humanas en tal ó cual expresión menos correcta del lenguaje escritural. «Una vez entendida la intención de la Biblia, diremos con el Dr. Reusch, es menester convenir que contradicción entre ella y la ciencia es totalmente imposible, pues la Biblia no trata de hablar á lo científico y con exactitud en tales materias, sino tan sólo de hacerse inteligible á los lectores libres de prevención¹».

No sigue la Biblia el estilo de los libros sacros de las naciones paganas. Éstos en el explicar los misterios más frívolos y menudos envuelven la sentencia en nubes de errores, y la ofuscan en vez de iluminarla, rodeándola de pueriles laberintos; pero la sagrada Biblia expone, sí, de asiento, aunque mesuradamente, las verdades fundamentales que tocan al orden sobrenatural; mas aquellas que solamente se rozan de paso, ó no frisan ni tienen parentesco con la salvación del hom-

¹ *La Bible et la science*, leçon III.

bre, ó sólo sirven de cebar su curiosidad; ó no la trata de ningún modo, ó si las insinúa ó apunta, pasa por ellas tan aprisa, que en la brevedad que gasta, en la obscuridad en que nos deja y en la poca comprensión que nos permite, muestra bien cuán de ninguna importancia sean para el principal intento. Libro dogmático, que no meramente histórico, es el sacrosanto volumen; por asesor tiene á la razón divina, no á la humana; no fallos caducos sino eternos son los suyos; no es tratado de controversias, de conclusiones indubitables suma es y santo depósito.

Lo más que de esta primera página de Moisés podríamos decir es que viene á ser la recapitulación del gran libro de la naturaleza, y un como índice general abreviado de la historia de los tiempos geológicos. La concordancia entre Moisés y los geólogos no debe considerarse como positiva, sino más bien como negativa, en cuanto, conviene á saber, los decretos de la ciencia no los contradice la letra del Hexámeron. Las teorías cosmogónica y geogónica podrán ser mudadizas ó ir de bien en mejor, y en realidad de verdad en estos postreros años han procedido con mayor acuerdo; pero en ningún tiempo demostrarán cosa que huela á falsedad en las palabras de Moisés: este debe ser nuestro íntimo convencimiento. La razón fundamental expónela anchamente el P. Miguel Mir, diciendo: «El fin sobrenatural de la naturaleza humana, premio de la fe y su término y complemento, lo es también de la ciencia. Las dos tienden á él, si bien por diferentes caminos: la fe directa ó inmediatamente, la ciencia por medio de esta misma fe, de quien es sierva inseparable; la fe como principio que engendra en nosotros la vida sobrenatural, cuyo término es la gloria advenidera, y la ciencia como elemento necesariamente enlazado con

esta misma vida sobrenatural, á la cual nos prepara y dispone; la fe como germen que naturalmente se desarrolla, crece y se transflora en la visión clara é intuitiva de la divinidad, fin glorioso de la criatura racional, la ciencia como principio ó preámbulo de esta fe que hacia ella tiende y gravita, y que cooperando con ella dispone el alma á glorificación tan sublime¹. De manera que á la ciencia cumple hacer acatamiento á la majestad del Hexámeron, ni puede levantar la voz contra ella sin pervertir su misma naturaleza. Ándense en hora buena á tientas los hombres sabios en dar por absueltas las cuestiones que á sus ramos pertenecen; que Moisés no repara en denunciar públicamente sucesos colocados fuera de la experiencia y sobre el humano discurso: no hagan los naturalistas sino dar un paso y volverle atrás, vacilantes, sin hacer hincapié en teoría fija ni establecer dictámenes incontrastables; que Moisés camina á pie seguro, como quien levanta banderas y triunfos en la relación que propone: estudien ellos con incomportables trabajos en el libro de la naturaleza el curso de la creación; que él, sin venir á explicaciones, defina el origen, la causa, la existencia, el orden y el esplendor de los primitivos sucesos con imperturbable serenidad: investiguen ellos afanosos y desójense por explorar el desenvolvimiento de las fuerzas naturales, y á medio camino andado tropiecen y caigan con la carga; que él, acometiendo grandes materias, apacientará nuestros ojos, introduciéndonos con mano firme en el espectáculo de las investidas, y nos mostrará con el dedo las maravillas de Dios. Tanta es y tan grande la diferencia que va de la ciencia natural á la ciencia de Moisés.

¹ *Harmonia*, 1885, cap. viii.

ARTÍCULO III.

Deberes del exégeta: distinga las verdades dogmáticas de las que no lo son. — Rinda el juicio á las primeras y sea libre en interpretar las segundas. — Doctrina de San Agustín. — No sea porfiado en llevar adelante sus privadas interpretaciones. — Sea tolerante y paciente en los textos que no tocan á fe y costumbres. — Deberes del naturalista: sea muy mirado en sentir contra la Biblia. — No dé crédito á opiniones contrarias á la letra del Génesis. — Deberes del polemista católico. — En qué puntos los católicos intérpretes convienen. — Verdades principales contenidas en el primer capítulo del Génesis.

RESTA ahora que determinemos, supuesta la doctrina pasada, cuál sea la parte del teólogo y cuál la del hombre de ciencia natural en el trato con la Biblia. No queremos aquí enseñar y prescribir reglas á los sabios; ningún linaje de autoridad tenemos para ello; pero tales son las consecuencias que de lo dicho se derivan, que podrá ser que aproveche el verlas más específicamente declaradas. Traigamos antes á la memoria una doctrina de santo Tomás, que muy provechosa en esta materia. Interpretando el libro segundo del Maestro de las Sentencias¹, distingue dos suertes de cosas que á la fe pertenecen. «Unas, dice, son de por sí substanciales, como Dios es trino y uno, y semejantes, en las que á ninguno es lícito opinar diversamente... Otras son accidentales á la fe, en cuanto se contienen en la Escritura que la fe supone promulgada por el Espíritu Santo; y estas cosas sin peligro pueden ser ignoradas por aquellos que no tienen obligación de saber las Escrituras, como son historias, y en ellas aun los Santos tuvieron diverso parecer, exponiendo la divina Escritura en vario sentido. Así acerca del principio del mundo hay algo que toca á la substancia de la fe; es á saber: que el mundo comenzó á ser y fué criado; y esto los Santos todos unánimemente lo dicen. El modo y orden con

que el mundo fué hecho no pertenece á la fe sino es *per accidens*, por enseñarse en la Escritura, pues esta verdad los Santos la explicaron de diversa manera.»

En su doctrina el Angélico Doctor es de ver cuánta diferencia pone de Escritura á Escritura, de sentencia á sentencia. Las que son rigurosamente dogmáticas y constantes en la Iglesia y sus Doctores, constituyen la materia substancial y necesaria de la fe; las que por no contener cosa de fe ni de costumbres han sido interpretadas diversamente por los santos Doctores, no forman parte de los artículos fundamentales, y se prestan á controversia, quedando siempre intacto el fondo sagrado. Basta abrir los escritos de los apologistas de nuestra Religión sacrosanta para entender con qué libertad y desembarazo comentaban las divinas Letras, con tal que pudieran por sus comentarios cerrar el paso á los enemigos de la verdad cristiana. Afirmando el pie quedo en los dogmas, y rechazaban desmedrosos toda otra inteligencia, «sin dejarse vencer de la parlería de la falsa filosofía, ni amedrentar por los embelecos de la falsa piedad», como san Agustín escribía².

De aquí se derivan dos leyes principales cuanto á estos dos órdenes de verdades bíblicas. En las primeras, que son dogmáticas y han tenido la definición de la Iglesia católica, cúmplenos abrazarlas con alma y corazón, sin que sea lícito dudar ni admitir otro ningún comentario. Así lo enseña santo Tomás, llamando en su apoyo á san Agustín. «Debe decirse que, como Agustino enseña, en semejantes cuestiones dos cosas se han de observar: primera, que la verdad de la Escritura se tenga firme sin dar lugar á controversia³.» Áquí, pues, el teólogo tiene su territorio bien deslindado y cerrado á todo de-

¹ De Genes. ad litter., l. 1, cap. xxi.

² l. p., q. lxxviii, a. 1.

bate, y de él puede y debe expeler al naturalista indócil, si no es para que haga á la fe el obsequio de su entendimiento, y se someta y crea.

En el segundo género de sentencias, en que ni la Iglesia católica definió, ni los Santos hallaron definitivamente interpretación, el teólogo hace de mero expositor, quedando al naturalista facultad franca para otro más ajustado sentido, siempre que en razones fundadas pueda establecerle y apoyarle. Si esto sucediere, ni los pareceres de los Santos ni los dictámenes de los Doctores hacen autoridad irrefragable en tales materias, porque caen debajo del poder de la ciencia. Así lo significan Agustín, diciendo: «En las cosas oscuras y apartadas de nuestra vista, si algo hallamos escrito aún en las sagradas páginas que pueda, salva la fe, inducir á diversidad de sentencias, no nos arrojemos precipitadamente á declarar por cierta ninguna de ellas, no sea que, al discutir la verdad con más diligencia, aquella sentencia quede menoscabada y nosotros humillados; ni so pretexto de sustentar el sentido de las divinas Escrituras, peleemos por el nuestro de suerte que queramos achacarles á ellas nuestro privado sentir, cuando, por el contrario, debiéramos prohijar nosotros y hacer nuestro propio el sentir de las Escrituras». Y un poco más abajo, increpando á los instruidos que presumen autorizar sus dichos con textos de las Escrituras tomados sin tiento, dice: «Torpeza es, y perjuicio grande, que debe huirse con todas veras, el que un infiel oiga á un cristiano hablar en ciertas materias cuál si las hubiese aprendido en las Escrituras, y le vea encajar tan fieros delirios que apenas pueda tenerse de risa conociendo cuán errado va. Y no es lo peor del caso que se burlean de un hombre que desatina; lo

más grave es que á nuestros autores sagrados les cargan esos errores los que no son católicos, y con grande detrimento de sus almas los menosprecian y tienen por ignorantes».

Del propio parecer es el Ángel de las Escuelas cuando dice: «Como la divina Escritura puede exponerse de muchas maneras, importa grandemente que en ninguna exposición estribe el intérprete con tenacidad; y si se averiguase ser falso aquel que creía sentido escritural, no presuma porfiar y afirmarse en ello; porque en tal caso corría peligro de ser moñada por los infieles la misma Escritura, y de serles cerradas á ellos las puertas de la fe». Esta prudente cautela recomendó eficazmente el antedicho expositor Padre Benito Pereira en las cuatro reglas que puso en su introducción al Comentario del Génesis; la tercera de las cuales es del tenor siguiente: «Ha de poner el comentador sumo cuidado en no abrazar con demasiado ardor ni defender á todo trance aquella sentencia que una vez tuvo por buena; y mayormente ha de procurar no vender con tanto afán por de la Escritura aquel sentido suyo particular, que pregone ser opuesto á la Escritura todo otro sentido cualquiere contrario ó diverso del que él sustenta. Porque se hacen malquistos de la Escritura aquellos comentadores que un lugar que dice las cosas latamente y es capaz de varias interpretaciones, le quieren ceñir á la pobreza y escasez de su particular opinión ó ingenio». Y confirma esta prudentísima regla con las palabras antes citadas del glorioso san Agustín. Con esta solitud aconsejaban los antiguos doctores á los intérpretes, diesen de mano al prurito de llevar adelante la defensa de sus privadas opiniones, con perjuicio de la dignidad de la divina palabra.

³ De Gen. ad litter., lib. 1, cap. xviii.

¹ l. p., q. lxxviii, a. 1.

¹ Dist. xii, q. 1, a. 2.

Á la verdad, como el objeto de la revelación sea la enseñanza religiosa y no la humana y científica, en el uso que las Sagradas Letras hacen de conocimientos naturales, no pretenden inculcar la verdad física ó astronómica en aquellas sentencias contenidas; sino esparcir rayos de celestial doctrina acerca de lo que más conviene á nuestro provecho espiritual. Afanarse con demasiado ardor por rastrear una verdad filosófica allí donde el Espíritu de Dios no tuvo á bien declararla, y porfiar obstinadamente en apelar su alteza, es, sobre inútil, temerario empeño; como lo sería el del niño que que se propasase á querer alcanzar á bulto y á roso y veloso, como dicen, todo cuanto sabe su maestro, cuando solamente por grados y paso ante paso debe subir desde los primeros rudimentos. Por esto san Agustín, en una epístola á Paulino, dice que quiso Dios hubiese en la Sagrada Escritura obscuridades y tinieblas, para que de su estudio resultasen muchos pareceres y ninguno contrario á nuestra fe. (*Utile est ut de obscuritatibus Sacra Scriptura, quas exercitationis causa Deus esse voluit, multa manarent sententia, que tamen omnes sanæ fidei doctrinaque concordent.*) Así que bien puede el exégeta pertrincharse con reglas de hermenéutica, revolver volúmenes de la tradición, consultar oráculos de la antigüedad, desentrañar el poder de las voces originales, conferir versiones autorizadas; se quemará las cejas sin provecho, y nunca logrará sacar en limpio más de lo que la Escritura dice; lo que no dice, lo que calló el Espíritu Santo, lo que quiso oculto á la sagacidad humana, lo que se esconde en aquellas expresiones vagas, indefinidas y misteriosas, lo veremos á ojos vistas algún día con profunda admiración y confusión nuestra; pero no es dable al mísero mortal alcanzarlo, y sería des-

medida altivez ufanarse de haber dado con ello. «La narración bíblica contiene la palabra de Dios. Esta palabra es verdadera; y como reflejo de los pensamientos de la divinidad, participa de su eficacia, de su eterna duración y de su inescrutable soberana majestad; pero con ser muy verdadera en sí, no siempre ha querido Dios que se muestre á nuestros ojos con la claridad de su intrínseca evidencia, no siempre acertamos á descifrar la idea encerrada en la palabra divina; y ya que su sentido no aparezca obvio é inteligible, no siempre tenemos de él una interpretación auténtica que infaliblemente nos asegure de la significación en ellos encerrada...»; Cuántas veces, la experiencia lo ha enseñado, una opinión, después de reinar largo tiempo como fiel comento de un pasaje bíblico, ha venido luego á perder crédito por haberla hallado falsa ó insostenible los descubrimientos de más diligente investigación? En aquellos puntos que pueden ilustrarse con argumentos ciertos de las modernas ciencias, la exégesis católica consiente una nueva interpretación; la cual, por lo mismo que encierra una verdad, será explanación probable».

Atento á los fecundos resplandores que derrama por los campos de la ciencia la palabra de la fe, el supremo Doctor de la Iglesia nos amonesta que no perdamos de vista el faro de las verdades divinas, diciendo así: «Razón tuvo, pues, el Concilio Vaticano para recordar, como recordó por estas palabras, los beneficios que debe la razón á la lumbré de la fe: *La fe libra á la razón y la defiende y la instruye además con la noticia de muchas cosas.* Por esto el verdadero sabio jamás acusará á la fe de enemiga de la razón, y de las verdades naturales, sino antes deberá de hacer gracias á

¹ P. MIEUX: *Mir: Harmonia*, cap. XIV.

² REUSCH: *La Bible et la nature*, leçon II.

Dios, y alegrarse vivamente porque entre las muchas causas de ignorar y en medio de las olas de los errores brilla ante sus ojos como estrella de salvación la santísima fe, mostrándole sin que haya peligro de perderlo el puerto de la verdad».

Por esta causa conviene que el teólogo católico se arme de mucha longanimidad. Las ciencias naturales, por ser tan mozas, carecen de tradición y de la madurez de los años. Hoy en día vémoslas desveladas por buscar y recoger materiales con que levantar edificios: y sin entrever qué linaje de conclusiones nacerán de sus diligencias, ¿osará el teólogo precipitar su juicio y dar por probable una interpretación, que mañana habrá de venirse abajo al golpe del venturoso azadón? Tenga, pues, paciencia, y no se dé prisa á querer ilustrar todos los puntos oscuros de la Biblia con asertos de la ciencia presente. Bástele saber que el Hexámeron encierra la historia del globo de un modo general y confuso, pero cierto é inapeable, aunque deba ignorar hasta dónde se extiende esa generalidad; bástele mantener que todo cuanto en este primer capítulo leemos es purísima y soberana verdad.

Vistas las obligaciones del intérprete, ¿qué le toca al naturalista para no traspasar los límites en el uso de la Sagrada Biblia? Proceder cuerda y cautelosamente en primer lugar. Esperar que amanezca el día en que la ciencia se levante á mayores con razón, y descubra falsedad en las sentencias escriturales, es excusada pretensión: antes todos los pareceres diferentes y opuestos de los naturalistas se juntarán y rematarán en un solo pensamiento, que esperar ver á la Biblia humillada á los pies de la alta-nería de los sabios. Por el contrario,

cuanto más adelante lleven los curiosos sus escrutinios, y delectren más seguramente en el libro cerrado de la naturaleza, y descifren con más acierto sus enigmas, más aunados y concordados verán sus sistemas con las palabras de Moisés. Al naturalista le toca no fallar en cosa alguna sin conocerla de raíz y por todos sus cabales. En suposiciones podrá divertir el ánimo, y espaciarse libremente su ingenio, y forjarse el mundo á su antojo; mas guárdese de pregonar por verdades sus cavilaciones, por razones sus conjeturas, si no quiere llamarse á engaño y pagar sus atrevimientos con terrible humillación. Si el naturalista, que saliendo de su esfera se mete en la del filósofo, expónese á dar al través, no yendo bien lastrado con principios metafísicos, ¿qué será del pobre ingenio que, desprovisto de exégesis, se sube á teólogo, se encarama á juez y da en sentenciar pleitos tan delicados y complicadísimos? Oigan como recomienda el muy ilustre L'Apparent la prudencia en las aseveraciones. «Ora se trate, dice, de una hipótesis dudosa ó de una explicación teórica, la experiencia está ahí para contarnos los sustos á que vive el hombre expuesto. No hay ciencia que ofrezca embarazo parecido á la geología. La variedad de operaciones naturales es infinita, y á las veces causas muy diferentes dan origen á efectos que á primer aspecto apenas difieren entre sí. Por eso la prudente cautela en todo cuanto puede ser observado directamente, ha de ser familiar á aquellos que tienen parte de autoridad en la ciencia. El genio del exclusivismo, peligroso en todo caso, en el nuestro estaría fuera de lugar y sazón.»

Así es evidente con cuánto tiento ha de andarse el naturalista en el dar crédito á las teorías modernas que van encaminadas á explicar pasajes de la Biblia. Objeciones contra las divinas

³ LEÓN XIII: *Enciclica: Aeterni Patris*.

letras arguyen escasez de saber en el sujeto que las propone ó en el siglo que no las puede soltar; empero nunca llegarán los reparos, por enormes que sean, á ofuscar un punto el resplandor de la bíblica verdad¹. Solía decir el matemático Euler: «Á los que nos objetan dificultades y contradicciones de las Escrituras, conviene demostrarles que no hay ciencia que no las tenga más serias y graves; pero estribando en los principios de cada ciencia, se deshacen y desvanecen fácilmente²». Acabemos, pues, con esta gravísima sentencia de san Agustín en su carta á Marcelino, que contiene en uno los oficios del intérprete y del naturalista, y enseña las muestras de fino respeto con que los sabios han de prevenirse y honrarse recíprocamente: «Si alguno presenta razón que se levante contra la autoridad de las divinas Escrituras, por aguda que sea, se engaña y yerra, porque no puede ser verdadera. Si contra una cierta y manifiesta razón se alega la autoridad de las divinas Escrituras, mal entiende quien en eso entiende; no opone á la verdad el sentido de la Escritura que no pudo calar, sino el suyo propio; ni lo que en ella descubrió, sino lo que en sí mismo halla, cual si por ella pugna».

Á considerar atentamente estas palabras de san Agustín nos exhorta el actual maestro de la cristiandad, diciendo: «Después de haber asentado el Concilio Lateranense V que *toda aserción contraria á la verdad y lumbre de la fe es falsa, porque la verdad es imposible que se oponga á la verdad*, ordena á los doctores en filosofía, que se ejerciten diligentemente en deshacer los sofismas, persuadidos á que, como dice Agustino, toda razón que se alegase contra la autoridad de las divinas Escrituras, por más aguda é

ingeniosa que sea, sólo puede seducir bajo apariencia de verdadera, porque verdadera no puede ser³».

De todo lo dicho se coligen los deberes del polemista católico. El primero es tener en alta estima la verdadera ciencia positiva y experimental. El presupuesto de toda ciencia es la concienzuda observación. La experiencia de las cosas, sometida á la jurisdicción de los principios filosóficos, engendró todos los ramos del humano saber. Los positivistas de hoy han imaginado una ciencia que cierra los ojos á todo cuanto está sobre la esfera de los sentidos; ciencia rastrera, que confunde y trastrueca sensación é inteligencia, íntimo y aparente, real é ideal; ciencia estéril, que, cebándose de solas negaciones, derriba en vez de edificar, y coloca su gloria en maltratar y hacer burla de los conceptos de substancia, ley, causa, espíritu, Dios; ciencia, en fin, anticientífica, que se esconde á sí propia los principales documentos, que son los internos, y con increíble altivez puja la ira hasta desterrar de sí las reglas de la severa lógica. Ponga, pues, su afición el controversista católico en la ciencia experimental, que es antigua cuanto los hombres, y empleéla en obsequio de la verdad religiosa. No se vuelva contra ella; aliada es, sierva es, que no enemiga; merecedora de todo respeto. No la mire con recelo, cual se mira á un vecino sospechoso; no hay que recelar emboscada de parte de la legítima ciencia, antes mucho que esperar. Y no solamente ha de estimar y amar la ciencia natural, sino que también ha de buscarla, estudiar é investigar sus descubrimientos, y pregonarlos por toda la redondez de la tierra sin embarazo ni encogimiento.

Por otra parte, tenga presente que la Biblia no debe serle criterio de ver-

dades naturales, aunque mucho las ilustra y autoriza; y por consiguiente, no condene luego por falso ni menos por herético un sistema cualquiera que parezca ir contra el sentido obvio de la letra bíblica. Porque el verdadero sentido de un texto libre dependerá hartas veces de los principios y documentos de las ciencias; y será temeridad definir por sí y ante sí la significación de palabras obscuras, sin valerse de las luces de la ciencia, que son medios de interpretación puestos por Dios en nuestra mano.

Hecho cotejo entre la Biblia y la ciencia, ¿qué camino deberá tomar, el apologista de la religión? ¿Deberá temblar de pavor ante los fallos de la ciencia, y, por lo que de ellos pudiera temerse, azorarse por asentarse en firmes bases los dogmas religiosos? No; la religión cristiana está suficientemente demostrada para que necesite nuevos estribos: la posesión de diez y nueve siglos le da un poderío inexpugnable; no le son menester nuevas razones. Lo único que conviene hacer en nuestros días es separar cuidadosamente las cosas que son de fe, de las que no lo son; distinguir las verdades reveladas, de las meramente naturales; sacar lo cierto é infalible entre lo falso y probable, y mostrando á los ojos de los hombres la doctrina católica limpia, esplendorosa, desnuda de atavíos, libre de ficciones, ajena de humanas industrias, hacer ver cuán por encima está su señorío de toda ciencia natural, y cuán menguada es la fuerza de las objeciones científicas.

«Pues siendo cosa bien sabida, que entre las verdades del orden sobrenatural muchas exceden sobremanera las fuerzas del humano ingenio, por agudo que sea, la razón humana, tesdigo de la propia flaqueza, no es osada á proponérselas cual si estuvieran á su alcance, ni á negarlas ni á medirlas por su propio raseró, ni á interpretar-

las á su antojo, sino antes las recibe con fe humilde y entera, y tiene á singular honor ser admitida á la familiaridad de tales doctrinas en calidad de sumiso paje y aun de sierva fiel, y conocerlas mirando alguna de sus razones con el favor divino. Mas respecto á aquellas doctrinas capitales que la inteligencia humana puede naturalmente alcanzar, justo es que la filosofía use de su propio método y de sus principios y argumentos, aunque no de forma que presuma substraerse á la divina autoridad⁴».

Expuesta la doctrina antedicha, no se les hará extraño á los lectores modernos ver los encontrados comentarios y las discusiones que sobre el Hexámeron se han entablado, salva siempre la substancia y valor del sagrado texto. Por poco que se atienda á los respetos que median entre la Biblia y la ciencia, se verá cuán poca razón hay de escandalizarse de tales desavenencias. Porque en unas cosas convienen los autores, en otras disienten y forman escuelas. Convienen los santos Padres y Doctores en que Moisés enseñó en el Hexámeron la creación *ex nihilo*, sin que haya habido uno de ellos que enseñase la materia eterna, fundado en el Génesis, con rebosar las doctrinas paganas holoísmo, panteísmo y vergozoso materialismo. Leyeron los santos Padres en el Génesis la creación absoluta, y esa trasladaron á sus escritos, y la enseñaron de palabra; ni fuéles impedimento la palabra *Ἐποίησα*, que emplearon los Setenta en vez del *bará* hebreo, no teniendo en cuenta los ardidés de la humana malicia. Á pesar de que la palabra griega sonase á los oídos vulgares *cosas hechas de materia precedente*, á los de los Santos sonó *creación perfecta sin materia ninguna*; y apoyados en esta común intelligen-

¹ HETTINGER: *Apol. du Christian.*, t. II, chap. IV.
² *Def. de la Rével.*, § 39.

³ LEÓN XIII, Encíclica: *Æterni Patris*.

⁴ Encíclica de LEÓN XIII: *Æterni Patris*.

cia, pudieron obligar á los herejes á batirse en retirada y á vergonzoso silencio.

Además, todos los santos Padres y Doctores estuvieron contestes en la unidad de Dios y en su absoluto dominio, coligiendo del Génesis esta fundamental verdad. Dios es quien saca la materia del abismo del no ser; Dios es quien da forma y ornato á la materia primitiva; Dios quien manda salir á luz por su orden las criaturas todas. Ningún escritor católico se ha separado de esta senda seguida por toda la tradición.

Tampoco puede negarse que apenas hay un Padre que no favorezca la creación de la materia informe y en estado elemental. Si algunos Padres alejandrinos sostuvieron la creación simultánea, más es aparente que real la desavenencia en su manera de opinar. Dígase otro tanto de la opinión comunísima de que el mundo y todo cuanto en él hay fué formado de los mismos principios constitutivos; si algunos enseñaron que los astros procedieron de materia distinta, poco séquito y nombre alcanzaron. Finalmente, es constante el sentir de los Padres y Doctores, que Moisés en la narración de los seis días instituyó la semana y la enseñó á los israelitas como institución original y divina. Si san Agustín y los alejandrinos mostraron sus aficiones á los días ideales y lógicos, no dudaron que en la creación simultánea se contuviese sucesión y orden intencional, como veremos, bastante para la institución de la semana solemne.

Juntando en una las verdades contenidas en el Hexámeron, y abrazadas en común por los Santos y Expositores católicos, á estos puntos pueden compendiosamente reducirse: Dios crió de la nada todo el universo mundo; Dios dispuso y ordenó, según sus altos fines, todas las cosas criadas; Dios lo crió todo por un acto simpli-

císimo de su amorosa voluntad; ejecutóse prontamente el imperio y mandamiento de Dios; Dios tuvo por buena cada una de las obras que fabricó; Dios prescribió á cada obra un fin y destino particular; Dios echó la bendición á sus obras, dándoles eficacia para que se perpetuasen; Dios de tal manera crió los elementos informes, que en la formación de los cuerpos reinase unidad en los principios; Dios crió de la nada el alma humana, así como el cuerpo de Adán del barro de la tierra; Dios instituyó el lenguaje y la sociedad del hombre con la mujer; Dios puso término á las obras de la creación; Dios en las obras de la creación señaló al hombre la norma del trabajo y del descanso. De la aclamación de estas doce verdades, que vemos con asombrosa conformidad profesadas por todos los doctores católicos en todos los siglos, se derivan los títulos que al Dios de la majestad atribuyeron llamándole Criador único, Artífice sapientísimo, Señor absoluto, bienhechor universal, solícito proveedor, amoroso conservador, santificador augusto, principio y fin de todas las cosas. Ésta es la teología contenida en el primer capítulo del Génesis con claridad, alteza y sencillez incomparables.

En otros puntos de menos monta no es mucho que anduviesen discordes los autores eclesiásticos. Así vemos la escuela de Antioquía en lucha con la de Alejandría, á san Agustín contra san Basilio, á san Buenaventura contra santo Tomás, á éste sin osar declarar por los Padres capadocios, á los teólogos del siglo xvi pelear por el sistema literal contra el sistema figurado; en fin, después que san Agustín habló, no vemos sino levantarse y caer, para tornar á alzar cabeza, las mismas opiniones de los antiguos. ¡Qué mucho, pues, que en el presente siglo los Wiseman, los Pian-

ciani, los Buckland, los Pozzy, los Molloy, los Arduin, los Vigouroux, y otros ilustres escritores, hayan discurrido sobre aquellos mismos puntos controvertidos por los antiguos, opiniones nuevas y conformes á las exigencias de los adelantamientos modernos? ¿Puede darse á temeridad su valerosa audacia? No: porque así como hay en Moisés cosas claras y decisivas, tenidas y propugnadas por la uniforme antigüedad; así las hay obscurísimas y controvertibles, en que los santos Padres razonaron con diferencia de pareceres. El orden de la creación, la naturaleza de los días, la manera de las producciones, el espacio de cada formación, la condición é índole de cada género de cosas, y otras tales, son puntos de muy dudosa resolución; y nadie echará á mala parte que se entreguen los modernos á esclarecerlos con los rayos de la ciencia, habiéndolos puesto la antigüedad por su gran lobreguez entre

las cosas inciertas y disputables. La diversidad de pareceres en materias accidentales no desdora la santidad de la Iglesia, ni deslustra la inspiración de la Biblia ni rebaja la dignidad de la palabra divina. Sin embargo, doctamente advirtió el Papa León que, « así como los enemigos del nombre católico, en la guerra que hacen á la religión, de la filosofía toman á menudo todos armamentos y pertrechos; así los defensores de las ciencias sagradas sacan por su parte del arsenal de la filosofía muchas de las armas con que defienden eficazmente los dogmas revelados. Y no deja, cierto, de ser esclarecido el triunfo que se declara por la fe cristiana, cuando las mismas armas de los adversarios, dispuestas contra ella por los sutiles artificios de la razón, los rechaza con facilidad é incontrastable vigor esta misma humana razón ».

• Enciclica de León XIII: *Æterni Patris*.

